¿POR QUÉ EL GOBIERNO NO PUEDE SER EFICIENTE?
Tal Cual, lunes 23 de mayo de 2011

Econ. Isaac Mencía

Aún dándole al Presidente Chávez y a su gobierno el beneficio de la duda, asumiendo que tienen las mejores intenciones de hacer de Venezuela un país próspero con justicia social, ambos están estructuralmente incapacitados para realizar una gestión de gobierno eficiente y eficaz que permita alcanzar el objetivo enunciado.

La primera razón es que para el gobierno la eficiencia, definida ésta como la producción de bienes y servicios públicos para maximizar el bienestar colectivo, utilizando un mínimo de recursos, es decir, optimizando los mismos, no es la prioridad. La prioridad es imponer un "modelo de socialismo" basado en la concentración del poder político-económico en el Ejecutivo Nacional y, más específicamente, en manos del jefe único de la revolución; es convertir al Estado-gobierno en el hegemón que se inmiscuye en todos los asuntos de la sociedad con el deliberado propósito de controlarlo todo, independientemente que tenga capacidad gerencial, administrativa y de recursos para hacerlo y del impacto que estas decisiones tengan en la eficiencia y eficacia de la gestión del gobierno. Es esta "racionalidad" política ajena a todo criterio técnico de búsqueda de productividad y calidad en la producción de bienes y servicios públicos que satisfagan las necesidades y demandas de la población, lo que está detrás de cada una de las decisiones que Chávez y su gobierno ha venido adoptando.

Así, en el caso de PDVSA lo importante no era ni es mantener un personal gerencial y técnico altamente competente en el manejo de la industria petrolera, sino ejercer un pleno control político de la empresa alineando la política petrolera y al personal que dirige y opera la misma con los propósitos de la revolución. De allí el despido de más de 20 mil trabajadores petroleros desdeñando las consecuencias que tal decisión tendría, como en efecto ha ocurrido, en la conducción eficiente de PDVSA. Lo mismo ha ocurrido con la política de expropiaciones y/o apropiaciones de tierras y empresas privadas que el gobierno ha ejecutado. Mantener o incrementar la productividad y la rentabilidad de los fundos agrícolas y pecuarios ocupados y de las empresas estatizadas, caso de SIDOR, CANTV, empresas de electricidad, cemento, bancos, entre otras, no ha estado ni parece estar en la prioridad de un gobierno que sin tener la gerencia pública calificada para dirigir estas empresas, se ha lanzado a la aventura de convertir al Estado en un "Estado empresario", produciendo un descomunal despilfarro de recursos públicos aplicados a empresas ineficientes en lugar de destinarse a servicios públicos esenciales como seguridad ciudadana, salud y educación.

El afán de control ha llevado al gobierno a improvisar la creación de Ministerios y organismos públicos provocando una hipertrofia en el tamaño del Estado, agravando su ineficiencia. Prueba de ello es que de 14 0 16 ministerios que existían en 1998 se pasó a 27, casi el doble, mientras que la nómina pública pasó de aproximadamente 900 mil trabajadores en 1998, a 2.3 millones en 2011. Pero esta expansión desmedida del aparato público no se ha traducido en una mejora en la calidad de los bienes y servicios públicos que por mandato constitucional deben ser provistos por el gobierno.

Por el contrario, servicios públicos elementales como seguridad ciudadana, salud, educación, infraestructura física, electricidad y agua, exhiben un marcado deterioro, pese al aumento del gasto público.

Como la eficiencia no es prioridad sino el control totalitario, las prácticas que definen hoy al buen gobierno y que propician eficiencia, entre otras: meritocracia, transparencia en el manejo de los recursos públicos, rendición de cuentas, disminución de la discrecionalidad en la toma de decisiones, descentralización administrativa y de recursos, sistemas de evaluación de desempeño e indicadores de eficiencia, están ausentes en el modelo de gobierno revolucionario.

Y la segunda razón radica, en el tipo de liderazgo que impera en los regímenes de inspiración totalitaria. El liderazgo personalista, carismático y providencial como el que encarna el Presidente Chávez, impide que una tarea tan exigente como es la de gobernar, sea acometida por un equipo de personas que ejerzan un liderazgo compartido donde cada uno de sus integrantes al ser seleccionados por méritos para ocupar un cargo, tengan la libertad y el reconocimiento para opinar y elaborar políticas con relativa autonomía. Eso no ocurre en este gobierno. El liderazgo personalista impone un modelo de toma de decisiones vertical, rígido, en el que los altos funcionarios siempre parecen estar a la espera de las decisiones del Presidente en sus maratónicas cadenas de radio y televisión, para actuar, lo que determina una alta improvisación y baja capacidad de respuesta a los diversos problemas que deben ser atendidos.

Muchas personas se preguntan: ¿puede un Presidente que se encadena casi todos los días durante varias horas ser ejemplo de eficiencia?; ¿Cuánto tiempo dedica a pensar, planificar y tomar decisiones con sus ministros para dar solución a los problemas?

El burocratismo y la ineficiencia que ha criticado Chávez a sus colaboradores confirman que la ineficiencia es un mal estructural, congénito, que acompaña a este gobierno.